Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 6

San José, Costa Rica 1927 Sábado 13 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

González Prada

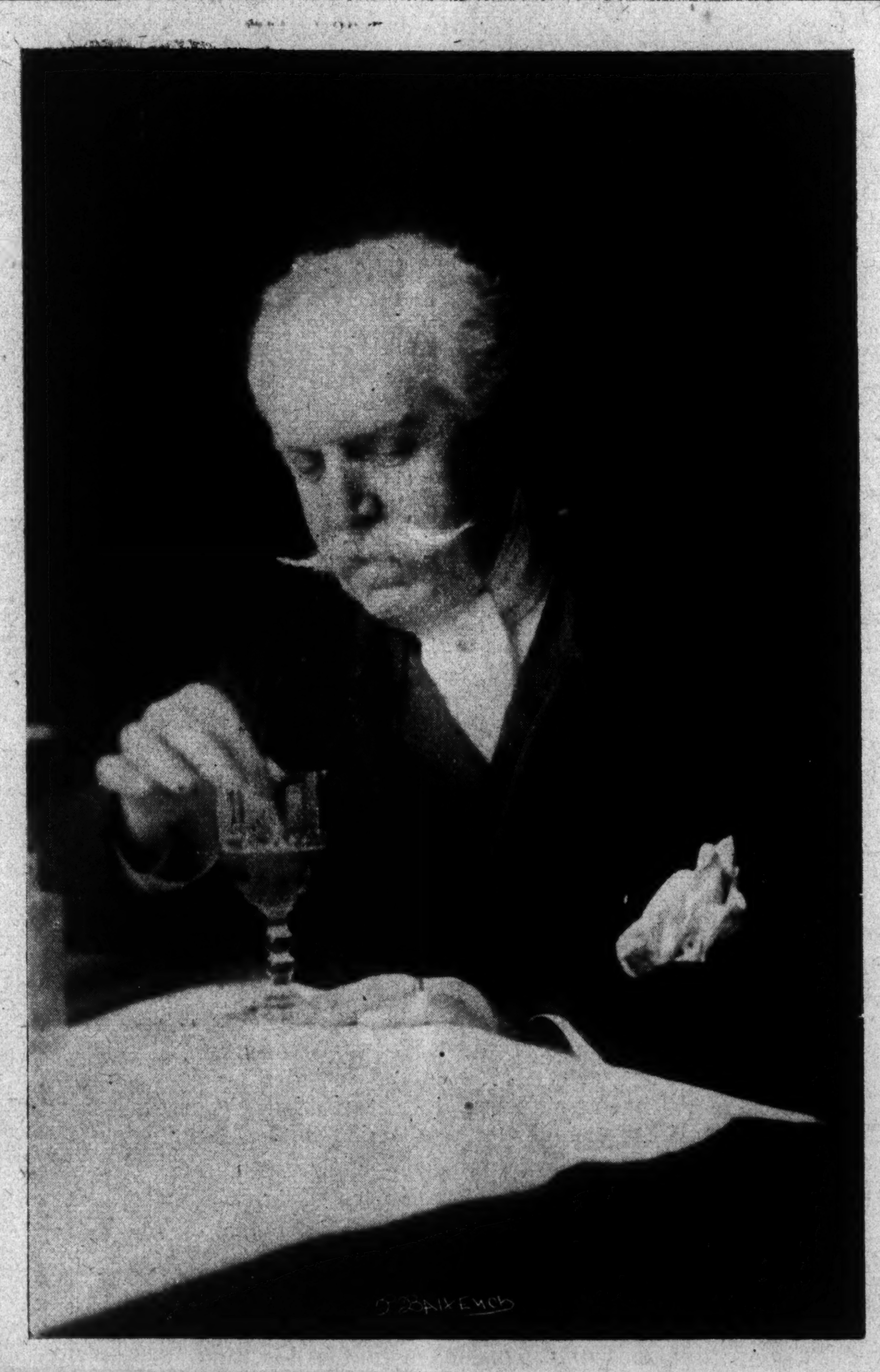
1

González Prada es, en nuestra literatura, el precursor de la transición del período colonial al período cosmopolita. Ventura García Calderón lo declara "el menos peruano" de nuestros literatos. Pero ya sabemos que hasta González Prada lo peruano, en nuestra literatura, no es aún peruano sino sólo colonial. El autor de *Páginas libres,* aparece como un escritor de espíritu occidental y de cultura europea. Mas, dentro de una peruanidad por definirse, por precisarse todavía ¿por qué considerarlo como el menos peruano de los hombres de letras que la traducen? ¿Por ser menos español? ¿Por no ser colonial? La razón resulta entonces paradójica. Por ser la menos española, por no ser colonial, su literatura anuncia precisamente la posibilidad de una literatura peruana. Es la liberación de la metrópoli. Es, finalmente, la ruptura con el virreynato.

Este parnasiano, este helenista, marmóreo, pagano, es histórica y espiritualmente mucho más peruano de todos, absolutamente todos, los rapsodistas de la literatura española anteriores y posteriores a él en nuestro proceso literario. No existe seguramente en esta generación un solo corazón que sienta al malhumorado discípulo de Lista, don Felipe Pardo, más peruano que el panfletario e iconoclasta acusador del pasado a que pertenecieron ese y otros letrilleros de la misma estirpe y el mismo abolengo.

González Prada no interpretó este pueblo, no esclareció sus problemas, no legó un programa a la generación que debía venir después. Pero representa de toda suerte, un instante, el primer instante lúcido de la consciencia del Perú. Federico More lo llama un precursor del Perú Nuevo, del Perú integral. Mas, Prada a este respecto ha sido más que un precursor. En la prosa de *Páginas libres,* entre sentencias alambicadas y retóricas, se encuentra el gérmen del nuevo espíritu nacional. "No forman el verdadero Perú, dice González Prada en el célebre discurso del Politeama de 1888, las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la Cordillera."

Y, aunque no supo hablar un lenguaje desnudo de retórica, González Prada no desdeñó nunca. Por el contrario, reinvindicó siempre su gloria oscura. Previno a los literatos que lo seguían contra la útilidad y la esterilidad de la literatura elitista. "Platón decía, les recordó en la conferencia del Ateneo, que en materia de lenguaje el pueblo era un excelente maestro. Los idiomas se vigorizan y retemplan en la fuente popular, más que en las lenguas muertas de los gramáticos y en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes y dichos del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transforman las lenguas como los infusorios transforman los continentes". "El poeta legítimo—afirmó en otro pasaje del mismo discurso—se parece el árbol



González Prada

El gran rebelde y precursor en la intimidad: alista la goma con que ha de pegar los recortes de sus artículos

nacido en la cumbre de un monte; por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo". Y en sus notas acerca del idioma ratificó explícitamente en otros términos el mismo pensamiento. "Las obras maestras se distinguen por la accesibilidad, pues no forman el patrimonio de unos cuantos elegidos, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero y Cervantes son ingenios democráticos: un niño los entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma." "Si Heredoto hubiera escrito como Gracián, si Píndaro hubiera cantado como Góngora ¿habrían sido escuchados y aplaudidos en los juegos olímpicos?. Ahí están los grandes agitadores de almas del siglo XVI y XVIII, ahí está particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado".

Simultáneamente, González Prada denunció el colonialismo atacó el españolismo. En la conferencia del Ateneo, después de constatar las consecuencias de la ñoña y senil imitación de la literatura española, propugnó abiertamente la ruptura de este vínculo. «Dejemos las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramodernas y monárquicas prefiramos el espíritu libre y democrático del siglo. Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez"

En la obra de González Prada, nuestra literatura inicia su contacto con otras literaturas. Gonzalez Prada representa particularmente la influencia francesa. Pero le pertenece, en general, el mérito de haber abierto la brecha por la que debían pasar luego diversas influencias extranjeras. Su prosa tronó muchas veces contra las academias y los puristas, y, heterodoxamente, se complació en el neologismo y el galicismo. Su verso buscó en otras literaturas nuevos troqueles y exóticos ritmos.

Percibió bien su inteligencia el nexo oculto pero no ignoto que hay entre conservatismo ideológico y (academicismo) literario. Y combinó por eso el ataque al uno con la requisitoria contra el otro. Ahora que advertimos claramente la íntima relación entre las serenatas del virreynato en literatura y el dominio de la casta feudal en economía y política, este lado del pensamiento de González Prada adquiere un valor y una luz nuevos.

Como lo denunció González Prada, toda actitud literaria, consciente o inconscientemente refleja un sentimiento y un interés políticos. La literatura no es independiente de las demás categorías de la historia. ¿Quién negará por ejemplo, el fondo político del concepto en apariencia exclusivamense literario, que define a González Prada como el "menos peruano" de nuestros literatos? Negar peruanismo a su personalidad no es sino un modo de negar validez, en el Perú, a su protesta. Es un recurso disimulado para descalificar y desvalorizar su rebeldía. La misma tacha de exotismo sirve hoy para combatir el pensamiento de vanguardia.

Muerto Prada la gente que no ha podido por estos medios socavar su ascendiente ni su ejemplo, ha cambiado de táctica. Ha tratado de deformar y disminuir su figura, ofreciéndole sus elogios comprometedores. Se ha propagado la moda de decirse herederos y discípulos de Prada. La figura de González Prada ha corrido el peligro de resultar una figura oficial, académica. Afortunadamente la nueva generación ha sabido insurgir oportunamente contra este intento.

Los jóvenes distinguen lo que en la obra de González Prada hay de contingente y temporal de lo que hay de perenne y eterno. Saben que no es la letra sino el espíritu lo que en Prada representa un valor duradero. Los falsos *pradistas* repiten la letra; los verdaderos repiten el espíritu.

2

El estudio de González Prada pertenece a la historia y a la crítica de nuestra literatura antes que a las de nuestra política. González Prada fué más literato que político. El hecho de que la trascendencia política de su obra sea mayor que su trascendencia literaria no desmiente ni contraría el hecho anterior y primario, de que esa obra, en sí, más que política es literaria.

Todos constatan que González Prada no fué acción sino verbo. Pero no es esto lo que a González Prada define como literato más que como político. Es su verbo mismo

El verbo, en política, puede ser programa, doctrina. Y ni en *Páginas libres* ni en *Horas de lucha* encontramos una doctrina ni un programa propiamente dichos. En los discursos, en los ensayos que componen estos libros, González Prada no trata de definir la realidad peruana en un lenguaje de estadista o de sociólogo. No quiere sino sugerirla en un lenguaje de literato. No concreta su pensamiento en proposiciones ni en conceptos. Lo esboza en frases de gran vigor panfletario y retórico pero de poco valor práctico y científico. "El Perú es una montaña coronada por un cementerio". "El Perú es un organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota el pus". Las frases mas recordadas de González Prada delatan al hombre de letras: no al hombre de Estado. Son las de un acusador, no las de un realizador.

El propio movimiento radical aparece, en su origen, como un fenómeno literario y no como un fenómeno político. El embrión de la Unión Nacional o Partido Radical se llamó "Círculo Literario". Este grupo literario se transformó en grupo político obedeciendo al mandato de su época. El proceso biológico del Perú no necesitaba literatos sino políticos. La literatura es lujo, no es pan. Los literatos que rodeaban a González Prada sintieron vaga pero perentoriamente la necesidad vital de esta nación dasgarrada y empobrecida. "El Círculo Literario", la pacífica sociedad de poetas y soñadores, decía González Prada en su discurso del Olimpo de 1888, tiende a convertirse en un centro militante y propagandista ¿De donde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia republicana e incrédula. Hay aquí una juventud que lucha abiertamente por matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía inoportunamente larga, una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir los obstáculos y abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional".

González Prada no resistió al impulso histórico que lo empujaba a pesar de la tranquila

El testimonio de los mayores

Palabras ejemplares del ex-Presidente Suárez, de Colombia:

Respecto de ministerios mixtos, desde el primer día me declaré partidario de ellos, y en seguida fuí tan consecuente con mi propósito, que aun cuando los congresistas liberales no honraron con su presencia el acto de mi posesión, salí de ésta a nombrar un ministerio compuesto de individuos notables de todos los partidos. Notables, insignes digo, porque entre los dos sistemas que se emplean en esta designación, el uno de los cuales es buscar auxiliares que no se opaquen ante el centro, sino que presten brillo y lustre a ese centro, yo practiqué esto último a fuer de individuo que busca arrimo por sentirse flaco, y luz por no tenerla bastante.

(*Sueños de Luciano Pulgar*, tomo II).

especulación parnasiana a la áspera batalla política. Pero no pudo trazar a su falanje un plan de acción. Su espíritu individualista, anárquico, solitario, no era adecuado para la dirección de una vasta obra colectiva.

Cuando se estudia el movimiento radical se dice que Gonzalez Prada no tuvo temperamento de conductor, de caudillo, de condotiero. Mas no es ésta la única constatación que hay que hacer. Se debe agregar que el temperamento de González Prada era fundamente literario. Si González Prada no hubiese nacido en un país urgido de reorganización y, moralización políticas y sociales, en el cual no podía fructificar una hora exclusivamente artística, no lo habría tentado jamás la idea de formar un partido.

Su cultura coincidía, como es lógico, con su temperamento. Era una cultura principalmente literaria y filosófica. Leyendo sus discursos y sus artículos, se nota que González Prada carecía de estudios específicos de Economía y Política. Sus sentencias, sus imprecaciones, sus aforismos, son de inconfundibles factura e inspiración literarias. Engastado en su prosa elegante y bruñida, se descubre frecuentemente un certero concepto sociológico o histórico. Ya he citado alguno. Pero en conjunto, su obra tiene siempre el estilo y la estructura de una obra de literato.

Nutrido del espíritu racionalista y positivista de su tiempo, González Prada exaltó el valor de la Ciencia. Mas esta actitud es peculiar de la literatura moderna de su época. La Ciencia, la Razón, el Progreso, fueron los mitos del siglo diecinueve. González Prada, que por la ruta del liberalismo y del enciclopedismo llegó a la utopía anarquista, adoptó fervorosamente estos mitos. Hasta en sus versos hallamos la expresión enfática de su racionalismo:

¡Guerra al menguado sentimiento!
¡Culto divino a la Razón!

Le tocó a González Prada enunciar solamente lo que hombres de otra generación debían hacer. Predicó realismo. Condenando los gaseosos verbalismos de la retórica tropical, conjuró a sus contemporáneos a asentar bien los pies en la tierra, en la materia. «Acabemos ya—dijo—el viaje milenario por regiones de idealismo sin consistencia y regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hay más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de ascender a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: solidifiquémonos. Más vale ser hierro que nubes».

Pero él mismo no consiguió nunca ser un realista. De su tiempo fué el materialismo histórico. Sin embargo, el pensamiento de González Prada, que no impuso nunca límites a su audacia ni a su libertad, dejó a otros la empresa de crear el socialismo peruano. Fracasado el partido radical, dió su adhesión al lejano y abstracto utopismo de Kropotkine. Y en la polémica entre marxistas y bakuninistas, se pronunció por los segundos. Su temperamento reaccionaba en éste como en todos sus conflictos con la realidad, conforme a su sensibilidad literaria y aristocrática.

La filiación literaria del espíritu y la cultura de González Prada, es responsable de que el movimiento radical no nos haya legado un conjunto elemental siquiera de estudios de la realidad peruana y un cuerpo de ideas concretas sobre sus problemas. El programa del Partido Radical, que por otra parte no fué elaborado por González Prada, queda como un ejercicio de prosa política de «un círculo literario». Ya hemos visto cómo la Unión Nacional, efectivamente, no fué otra cosa.

3

El pensamiento de González Prada, aunque subordinado a todos los grandes mitos de su época, no es monótonamente positivista. En González Prada arde el fuego de los racionalistas del siglo XVIII. Su Razón es apasionada, Su Razón es revolucionaria. El positivismo, el historicismo del siglo XIX representan un racionalismo domesticado. Traducen el humor y el interés de una burguesía a la que la asunción del poder ha tornado conservadora. El racionalismo, el cientificismo de González Prada no se contentan con las medioeres y pávidas conclusiones de una razón y una ciencia burguesas. En González Prada subsiste, intacto en su osadía, el jacobino.

Javier Prado, García Calderón, Riva Agüero divulgan un positivismo conservador. González Prada enseña un positivismo revolucionario. Los ideólogos del civilismo, en perfecto acuerdo con su sentimiento de clase, nos sometieron a la autoridad de Taine; el ideólogo del radicalismo se reclamó siempre de pensamiento superior y distinto del que, concomitante y consustancial en Francia con un movimiento de reacción política, sirvió aquí a la apología de las oligarquías ilustradas.

No obstante su filiación racionalista y cientificista, González Prada no cae casi nunca en un intelectualismo exagerado. Lo preservan de este peligro su sentimiento artístico y su exaltado anhelo de justicia. En el fondo de este parnasiano, hay un romántico que no desespera nunca del poder del espíritu.

Una de sus agudas opiniones sobre Renán, el que «ne depasse pas la doute», nos prueban que Gonzàlez Prada percibió muy bien el riesgo de un criticismo exacerbado. «Todos los defectos de Renán se explican por la exageración del espíritu crítico; el temor de engañarse y la manía de creerse un espíritu delicado y libre de pasión, le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar y hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea y en seguida, valiéndose de un pero, defender lo contrario. De ahí su escasa popularidad: la multitud sólo comprende y sigue a los hombres que franca y hasta brutalmente afirman con las palabras como Mirabeau, con los hechos como Napoleón».

González Prada prefiere siempre la afirmación a la negación, a la duda. Su pensamiento es atrevido, intrépido, temerario. Teme a la incertidumbre. La teme más que al propio error. Su espíritu siente hondamente la angustiosa necesidad de «depasser la doute». La fórmula de Vasconcelos pudo ser también la de González Prada: «pesimismo de la realidad, optimismo del ideal». Con frecuencia, su frase es pesimista; casi nunca es escéptica.

En un estudio sobre la ideología de González Prada, que forma parte de su libro en prensa *El nuevo absoluto*, Mariano Iberico Rodríguez define bien el pensador de *Páginas libres* cuando escribe lo siguiente: «Concorde con el espíritu de su tiempo, tiene gran fe en la eficacia del trabajo científico, cree en la existencia de leyes universales inflexibles y eternas, pero no deriva del cientificismo ni del determinismo, una estrecha moral eudemonista ni tampoco la resignación a la necesidad cósmica que realizó Spinoza. Por el contrario su personalidad descontenta y libre superó las consecuencias lógicas de sus ideas y profesó el culto de la acción y experimentó la ansiedad de la lucha y predicó la afirmación de la libertad y de la vida. Hay evidentemente algo del rico pensamiento de Nietzche en las exclamaciones anárquicas de Prada. Y hay en éste como en Nietzche la oposición entre el concepto determinista de la realidad y el empuje triunfal del libre impulso interior».

Por estas y otras razones si nos sentimos lejanos de muchas ideas de González Prada, no nos sentimos, en cambio, lejanos de su espíritu. González Prada se engañaba, por ejemplo, cuando nos predicaba anti-religiosidad o irreligiosidad. Hoy sabemos mucho más que en su tiempo sobre la religión como sobre otras cosas. Sabemos que una revolución es siempre religiosa. La palabra religión tiene un nuevo valor, un nuevo sentido. Sirve para algo más que para designar un rito o una iglesia. Poco importa que los soviets escriban en sus affiches de propaganda que «la religión es el opio de los pueblos». El comunismo es esencialmente religioso. Lo que motiva aún equívocos es la vieja acepción del vocablo. González Prada predecía el tramonto de todas las creencias sin advertir que él mismo era predicador de una creencia, confesor de una fé. Lo que más se admira en este racionalista es su pasión. Lo que más se respeta en este ateo, un tanto pagano, es su ascetismo moral. Su ateísmo es religioso. Lo es, sobre todo, en los instantes en que parece más vehemente y más absolu-

to. Tiene González Prada algo de esos ascetas laicos que concibe Romain Rolland. Hay que buscar al verdadero González Prada en su credo de justicia, en su doctrina de amor; no en el anticlericalismo un poco vulgar de algunas páginas de *Horas de lucha.*

La ideología de *Páginas Libres* y de *Horas de Lucha* es hoy en gran parte, una ideología caduca. Pero no depende de la validez de sus conceptos ni de sus sentencias lo que existe de fundamental ni de perdurable en González Prada. Los conceptos no son siquiera lo característico de su obra. Como lo observa Iberico en González Prada «lo característico no está en los conceptos-símbolos provisionales de un estado de espíritu; está en un cierto sentimiento, en una cierta determinación constante de la personalidad entera, que se traducen por el admirable contenido artístico de la obra y por la viril exaltación del esfuerzo y de la lucha».

He dicho ya que lo duradero en la obra de González Prada es su espíritu. Los hombres de la nueva generación en González Prada admiramos y estimamos, sobre todo, el austero ejemplo moral. Estimamos y admiramos, sobre todo, la honradez intelectual, la noble y fuerte rebeldía. Pienso, además, por mi parte que González Prada no reconocería en la nueva generación peruana una generación de discípulos y herederos de su obra si no encontrara en sus hombres la voluntad y el aliento indispensables para superarla. Miraría con desdén a los repetidores mediocres de sus frases. Amaría sólo una juventud capaz de traducir en acto lo que en él no pudo ser sino idea y no se sentiría renovado y renacido sino en hombres que supieran decir una palabra verdaderamente nueva, verdaderamente actual.

De González Prada debe decirse lo que él, en *Páginas Libres* dice de Vigil. «Pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas. Puede atacarse la forma y el fondo de sus escritos, puede tacharse hoy sus libros de anticuados e insuficientes, puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su inteligencia; pero una cosa permanecerá invulnerable y de pie: el hombre.

José Carlos Mariátegui

(De *El Norte*, Trujillo, Perú. Mayo 30 de 1926).

Por los fueros de la inteligencia y de la cultura

México, D. F. — 20 de julio de 1927

Sr. J. García Monge, Director de *Repertorio Americano*
San José de Costa Rica. C. A.

Mi muy querido García Monge: Ahora, amigo mío, es una de las mejores oportunidades para que los escritores de América, reunidos espiritualmente en esa admirable tribuna que se llama *Repertorio Americano*, levantemos la voz fraternalmente en favor de los escritores cubanos Emilio Roig de Leuchsenring, Director literario de *Social;* de Alejo Carpentier, Jefe de Redacción de *Carteles;* de José Antonio Fernández de Castro, del *Diario de la Marina*, todos ellos componentes del Grupo Minorista, que es una de las fuerzas intelectuales de la Isla; solicitando del Gobierno del General Machado los ponga en libertad, en nombre de los fueros de la inteligencia y de la cultura.

Si el Gobierno de Machado accede a ello, dará una prueba de respeto y de alta espiritualidad al Continente Americano.

Ahora, las dos manos de su amigo y admirador,

Guillermo Jiménez

¿Querrán algunos de los escritores de Costa Rica responder conmigo al llamamiento del Sr. Jiménez? Los aguardo. Por el momento, solicitaríamos por cable del Sr. Presidente Machado la libertad de los compañeros de Cuba, y también, de algunos intelectuales, y deportados, del Perú, detenidos hoy en la cárcel de la Habana por el delito de opinar con independencia.

Gm.

Mis recuerdos de González Prada

por

V. R. Haya de la Torre

Conocí a González Prada diez días después de mi primer arribo a Lima en 1917, cuando según el burlesco decir de los señoritos capitolinos, llevaba todavía «la lana de provincia». Yo era entonces un jovencito a la criolla, enfermo hasta los huesos de esa frivolidad epidémica,—peste de gente «decente»—que manifiesta sus primeros síntomas a la salida del Colegio y se agudiza hasta el colapso a la entrada de la Universidad. Había crecido oyendo decir que González Prada era el demonio y viendo santiguarse a las viejas cada vez que alguien recordaba su nombre. Sin embargo, un sentimiento de curiosidad y de respeto me atraía hacia la figura del viejo luchador. Recuerdo haber oído conversaciones calurosas de algunos artesanos de mi provincia sobre González Prada. Cerca de mi casa había en Trujillo una biblioteca obrera que izaba todos los años, el 1º de mayo, una bandera roja. Ahí me escapaba por las noches y escuchaba la charla de los obreros. Recuerdo fijamente la lucha interior que aquellas conversaciones fuertes y libres me producían a mí, alumno de un seminario. Quizá si naciera entonces el primer indicio de mi línea de vida definitiva. No lo sé. Lo cierto es que había en mí, cuando llegué a Lima, cierta atracción para tratar personalmente a González Prada. Pero debo confesar que entonces,—período lamentable de nebulosa, — también me atraían otros personajes. Los diarios de provincias y las revistas de Lima facturan muchas celebridades nacionales; las hacen a todas. Para la mente inquieta de un adolescente provinciano con miras a la Universidad, la adjetivación pertinaz e inagotable de «nuestros grandes diarios» y la campaña de propaganda teatral de las revistas ilustradas, crea de cada hueco señor de la política o de las «intelectualidades» un semidios omnisciente y fulmínico. Por eso yo llegué a Lima pensando en el inmenso honor de verme en las aulas cerca de ciertos personajes de quienes tantas cosas decían los periódicos. «El maestro» Fulano, «el sabio» doctor Zutano, «el genial» señor Perencejo, me producían cierta fascinación. Y la primera impresión,—oh, la primera impresión de nuestros hombres!—fué verdaderamente admirable. Solemnes, elegantes, medidos, gentiles, hablando con la voz ahuecada y los gestos de teatro, me parecieron genios, genios absolutos, genios indiscutibles, genios universales. Decididamente: Lima era el centro del mundo.

Pero a pesar de esta atracción, muy de acuerdo con mi edad y con mi frivolidad, busqué a González Prada. Nunca había leído de él nada en nuestros grandes diarios. Nunca había visto su retrato en las carreras; nunca había oído algo de él, sino en labios de obreros. El silencio premeditado que se hizo en torno de González Prada llegó a rodearle de cierto misterio atractivo. Quizá por eso fuí a verle. Alguna vez cuando he llegado a países que nos son raros,—Noruega, Lituania, Livonia, por ejemplo,—he tenido una emoción semejante, si cabe comparar así. Recuerdo que un amigo y pariente me había dado una carta de presentación y un libro suyo para entregar al maestro. Fuí a la Biblioteca Nacional el 26 de abril de 1917; González Prada estaba en el centro de uno de los grandes salones interiores y me tendió ambas manos sin una sonrisa, después de leer la carta y de recibir el libro. Me invitó a sentarme y no acepté. Tenía yo un sombrero de paja que giraba rápidamente entre mis manos. González Prada me preguntó:

—¿Es Ud. un joven escritor?

—No señor. Yo soy un estudiante que vengo a la Universidad, le respondí.

González Prada hizo un gesto apenas perceptible y añadió:

—Ah, la Universidad!

Yo le miré con curiosidad y, sin duda, le dije con los ojos:

—Bueno, y la Universidad, qué?...

González Prada, añadió:

—La Universidad será para Ud. un crisol: será Ud. consumido por ella o se salvará Ud.

Yo cobré cierta animación y le repuse;

—¿Es tan mala la Universidad?

González Prada hojeó un poco el libro que yo le había traído y luego, con él entre sus manos blancas y finas, me dijo, mirándome con sus ojos claros:

—Tan mala, tan mala que ya no tenemos juventud.

La serenidad, la sencillez de aquel viejo erguido y fuerte, me dió mucho valor. Recuerdo que pude decirle ya, como a un camarada:

—Pero en provincias tenemos una juventud.

González Prada me dijo inmediatamente:

—Es verdad.

Luego me mencionó nombres de jóvenes de Arequipa y me habló de Urquieta, de Percy Gibson y recordó a Orrego entre los nuevos de Trujillo.

Terminé mi visita. Yo recuerdo que le dije ya en la puerta del corredor donde él me despidió:

—Déjeme Ud. venir a verle, señor González Prada. Soy muy muchacho pero quiero ser su amigo.

—Venga Ud. Venga Ud., siempre. Y mi casa está en la Puerta Falsa del Teatro; vaya Ud. allá, me dijo.

Le estreché calurosamente la mano y salí nerviosamente. Aquella tarde, comencé a pensar en que los trajes bien cortados de «nuestros grandes hombres» y sus guantes caros, sus gestos de gomina, eran un poco sospechosos. Comparé a González Prada con aquellas *celebridades* que trompetean los diarios limeños y, sin llegar a ninguna conclusión, recordé que una noche en Trujillo cuando tuve una época de ímpetus literarios, había oído leer a Antenor Orrego en un cenáculo de aficionados la carta de Fradique Mendez sobre la inmensa gloria lusitana de Pacheco...

—

Hice una segunda, una tercera y una cuarta visita a González Prada. Siempre le hallaba en la Biblioteca y ya charlaba sin miedo con él. Una vez le llevé a un amigo y como se trataba de una persona más importante que yo, nos invitó a pasar al salón de la dirección y ahí se sentó González Prada en una silla cediendo la que a él le correspondía, y que jamás ocupó, a mi amigo. En todas estas visitas González Prada hablaba de temas generales, de la Biblioteca, de la prensa provinciana y de asuntos sin importancia. Yo no era un compañero para charlar con él, sin duda alguna y me soportaba más por bondad que por otra cosa.

Sin embargo, un día de mayo de 1918, no sé por qué, le dije:

—Detesto a Piérola.

Y don Manuel no hizo sino preguntarme lo lógico, dentro de la lógica nacional:

—¿Es Ud. civilista?

—Señor, yo los detesto también porque me parecen malos todos.

Don Manuel abrió los ojos y con una leve sonrisa me interrogó:

—¿Y con quién se quedaría Ud.? Muerto Piérola no han quedado sino los civilistas.

Yo no atiné a responder. Don Manuel siguió sonriendo y yo le dije por salir del paso:

No sé, señor, pero los detesto a todos.

González Prada,—¡qué bien lo recuerdo ahora!— juntó sus manos, afirmándolas sobre la mesa y me dijo:

—Tiene Ud. razón, son malos; muy malos, tan malos que han hundido y seguirán hundiendo al país. El pueblo del Perú es un pueblo desgraciado.

Aquella tarde, como en las cuatro visitas que le hice en un año, me despidió finamente en el corredor.

Yo salía cada vez más atraído por González Prada. Pero no le comprendía aún. Era muy fuerte el ambiente de la Universidad y de la frivolidad limeña. Hasta 1918, yo saludaba reverencialmente a los prohombres nacionales, tenía un respeto infinito, por los «sabios maestros» de la Universidad; estaba saturado por la adjetivación del diarismo nacional y creía, naturalmente, que entre nuestros viejos políticos había hombres cultos y honrados.

Apenas salía de la nebulosa...

—

Yo nunca había visto a González Prada con sombrero. Solo una vez le había encontrado fuera de la Biblioteca en un banco de la Plaza de Lima, sentado con su esposa, con el sombrero en la mano. No podía pensar en él sin recordar su frente luminosa y sus cabellos blancos y sedosos Pero unos cuantos días antes de su muerte, muy pocos sin duda, le encontré en la calle de Plateros de San Agustín, ante la casa donde yo tenía mi habitación. No le reconocí, pero él se acercó hacia mí y me saludó mencionando mi nombre. Me descubrí turbado y él hizo lo mismo con aquella bondad tan natural, tan insospechable entre esa gente limeña que estamos acostumbrados a ver y a tratar. Aquel último diálogo fué breve:

—Perdóneme, señor don Manuel, le dije, no lo he reconocido.

—Estoy muy viejo? me preguntó sonriente.

—No, señor, está Ud. con sombrero y yo jamás le vi así, le repuse.

—Exacto, me dijo.

Le interrogué por su salud y me dijo hallarse perfectamente. Luego me añadió:

—Me voy porque no sé qué le ha pasado a mi mujer. No ha venido a buscarme a la Biblioteca.

Le estreché las manos. Se marchó lentamente. Le ví irse y me subí a saltos las escaleras de la casa. Siempre que hablaba con González Prada me dejaba una impresión tal de frescura, de fuerza, que tenía grandes ganas de correr, como después de un baño...

No le ví más. Sí, le ví muerto, tendido en su caja, con su rostro de mármol.

Y en el mes que siguió a su muerte, yo sentí hambre por primera vez y comencé a comprender el dolor de los otros.

¡Cuántas veces en mis amargos días de soledad y de privación surgía el recuerdo de aquel viejo amigo, el único que yo tuve, sin que él supiera quizá, en la época en que alumbró en mí la fe de una nueva vida!... ¡Cuántas veces!

Londres, 1925.

L. D.—El 22 de julio último (1925) se cumplieron ocho años de la muerte de Manuel González Prada, «el gran acusador», González Prada es el precursor del movimiento actual de la juventud peruana y uno de los grandes hombres de América. Combatido, atacado, calumniado y rodeado, por último, de silencio, la figura del más eminente hombre del Perú ha sido casi desconocida en el continente. La nueva generación de ese país, que hoy sufre la persecución enconada de la tiranía «civilista» de Leguía, ha impuesto el nombre de González Prada. En 1922 Haya de la Torre pidió a los estudiantes y obreros que forman las Universidades Populares peruanas darles el nombre del apóstol. Desde entonces González Prada es la bandera de rebelión del frente único de trabajadores manuales e intelectuales que lucha por la renovación del viejo pueblo de los Incas, sometido desde hace cien años a una sucesión de opresores.

(*Sagitario*. La Plata. Rep. Argentina).

Los dictadores y los estudiantes

El señor Leguía, Presidente del Perú, escribió en una mala hora su contestación al telegrama con que los estudiantes de Cuba le expresaron su inconformidad con la deportación de algunos universitarios peruanos. "No prestamos atención a las estúpidas protestas de ustedes", dice el señor Leguía, personaje que ha dado a quienes lo conocen personalmente una impresión del todo contraria a la que producen esas palabras descorteses. Hombre de una delicada educación, de exquisita maneras y de una cierta cordialidad caballeresca, en el señor Presidente peruano sólo se explica aquella contestación por la marcada, la instintiva aversión de los dictadores, y especialmente de los dictadores hispanoamericanos, a la juventud estudiosa. Saben ellos que dentro del republicanismo de estos países en todo muchacho que estudia hay un probable, talvez un seguro enemigo de las formas autocráticas y antiliberales. Un libro y una cabeza joven que se inclina sobre sus páginas, son para las dictaduras un símbolo de adversidad, una silenciosa amenaza de revolución. En las masas universitarias están las más puras reservas de la democracia latinoamericana. El absolutismo así lo sabe o así lo presiente, y eso es lo que lleva a algunos gobernantes a asumir como tales ante la juventud de las aulas actitudes que talvez no asumirían jamás como individuos.

(De *El Tiempo*. Bogotá

Aristas

Carlos Mariátegui y la nueva generación peruana

=De *El Norte*. Trujillo, Perú=

PARA medir el valor de este espíritu hay que saber la distancia que existe entre *Juan Croniqueur*, esteta sedicente de un *limeñismo que se fué* y de otro *limeñismo que entonces fluía*, y el escritor de hoy, que ha aprendido a pensar con seriedad, con religiosidad, si cabe, y ante todo, que es un hombre que se ha entregado a una fe con lealtad y con pasión. El primero fué el de aquella época de los egolatrismos explosivos y contagiados que respondieron, sin embargo, a ese criollo y ambiental atonismo estético del público, un tanto hostil para el escritor y el artista. El segundo es no sólo el escritor cuajado, dueño de todos sus instrumentos explosivos y consciente de sus facultades y potencias mentales, sino el hombre renacido, el varón resurrecto, el ingente corazón rehecho que ha sabido llegar a una ética superior, a la ética generosa y constructiva de una alma vehemente de justicia que sabe enajenarse y que cada día se dá un poco a los demás.

He conocido a Mariátegui desde aquellos tiempos de literatura deflagrante, de gesticulaciones un tanto histriónicas a pesar de su efectivo talento. Por eso admiro la serena dignidad intelectual de hoy, la valerosa honestidad de su pensamiento y de su vida. Un alma capaz de semejante mutación moral, de tan auténtico coraje ante la vida nacional, es un ejemplo edificante en un pueblo cobarde y blandengue como el nuestro.

La Escena Contemporánea [1] es un libro sazonado por un espíritu penetrante, que sin abandonar la imparcialidad del observador, está sumerso, no obstante, en su época y, dentro de ella, es una inteligencia militante de la justicia.

Es una mentira que exista una objetividad espiritual absoluta y más que eso, es una cobardía que so pretexto de imparcialidad el escritor quiera substraerse a las responsabilidades que le atañen dentro de una beligerancia encendida entre dos núcleos o fuerzas contrapuestas de su época. «Di tu palabra y rómpete», dice Nietzche. Quiera que nó el hombre siempre se rompe porque el pensamiento siempre es expansivo y delator por excelencia y aquel que no se rompe con lealtad o resolución, se denuncia por fuerza, y se denuncia como un alma medrosa y menguada que traiciona a su intimidad humana.

Mariátegui no ha querido traicionarse, no ha querido escamotear su pasión, pero ha observado suficiente tolerancia para apreciar los hombres, las cosas y los sucesos con una honestidad y una justeza de juicio que raros espíritus practican y alcanzan.

Este es para mí su mayor merecimiento. El suyo es un libro de buena fe, un libro que es digno de la gran batalla humana que se está librando en el siglo. Libro de claridad interior y de fuerte gravitación ideológica. Páginas de luz y de justicia, páginas constructivas para un pueblo desorganizado, de alma dispersa y de fe encanijada y pasmada de frío moral. Desde sus primeras palabras ya impone respeto al lector, y a medida que se avanza en la lectura va dejando una cauda luminosa de verdad que al cabo se trueca en amor ardoroso hacia los supremos valores vitales que dignifican a los hombres y a los pueblos.

Es un libro palpitante porque ha nacido en la entraña viva del drama social a que asistimos en nuestra época; porque se desprende directamente sin intermediarios, es decir, sin opiniones o juicios ajenos que amortiguan la eficacia y la frescura del pensamiento personal. Su agudísimo sentido histórico, su extraordinaria agilidad mental para moverse entre los términos y los matices más discrepantes, su comprensión universalista que le hace percibir los valores vitales de cada pueblo, su curiosidad y especialmente su cultura, que no es cultura muerta ni académica, cultura libresca y de anaquel, sino cultura viva y flexible de fragua cotidiana y su buída y fina intuición, nos conducen, diestramente de la mano, por los infinitos vericuetos de la vida contemporánea.

El Perú ha sido siempre un país desconectado de la corriente central del mundo, viviendo la vida *ahistórica* de la tribu, murado para las inquietudes, sobresaltos y esperanzas del siglo. Ha sido tal vez el país más impermeable, sin infiltraciones ideológicas ni pasionales de ningún género; país sin coetaneidad ni contemporaneidad. Apenas las modas literarias y suntuarias, con etiquetas de París y de Londres, nos llegaban con retraso y desvitalizadas.

El libro de Mariátegui llega a su hora y atraviesa esta impermeabilidad indeclinable. Mariátegui es el hombre nuevo; es la nueva generación moceril que articula su pensamiento rompiendo el ventanal de la Colonia y aireanda los vetustos atrios conventuales. Por eso espero que su pensamiento sea fecundo porque se dirige al Perú nuevo y porque representa una docencia de porvenir.

Diligente en un país tropical de ignávicos y de gozadores, su consagración es un enérgico estimulante para la juventud. Su vida, lanceada por la miseria, y desgarrada por los males físicos, es quizás la vida que más respeto merece en nuestro país por su gran capacidad de afirmación vital y de fe varonil.

Mariátegui, que salió del Perú siendo sólo un literato de meras elegancias verbales, con cierto amoralismo frívolo, despreocupado e irónico que suele darse con cierta reiteración en nuestro medio, donde pasa como un valor superior de la inteligencia, al llegar a Europa se puso en contacto con el dolor humano, con la vasta tragedia universal en que estaba liquidándose la monstruosa organización capitalista. Esta colisión de su sensibilidad con las realidades contemporáneas fué para él una revelación liberadora y determinó su vocación definitiva. Al retorno nos trajo un alma enardecida, saturada de claridades, y un pensamiento vivaz, dispuesto al apostolado de la cultura y capaz de proyectar en su pueblo una repercusión constructiva y salvadora.

He querido hablar más del hombre que del libro porque éste no se comprende sin aquél y sobre todo porque lo que más necesitamos es la presencia magnética de vidas ejemplares, docencia de carne viva y no aquella libresca, fría y estéril de pupitre universitario, docencia castrada y verbalista que enmudece cuando debía articular y gritar su protesta, que se paraliza cuando debe actuar y movilizarse contra las iniquidades ambientes.

Mariátegui estaba de hecho unido a la nueva generación nacional y con ella a la nueva conciencia americana. Su intuición percibió, de inmediato, la fuerte vitalidad que surgía en un pueblo agónico y las posibilidades reconstructivas de una juventud que comenzaba a esbozar ciertas trazas heroicas y cierto dón de sacrificio que estaban al servicio de un pensamiento coherente, homogéneo y vivo que se producía por primera vez en el Perú.

La Escena Contemporánea es fruto de estos personales atisbos del escritor que se siente también un sembrador y que lo es de modo positivo y auténtico. Es uno de los pocos escritores peruanos de espíritu sustancialmente nuevo y de fina y de moderna sensibilidad moral, capaz de percibir y valorar los problemas de esta época inquietante, esencialmente problemática. El pensamiento es para él vehículo de libertad, y al articularlo en su libro hace vibrar tal vehemencia de justicia que se denuncia por todas las aristas de su obra. El rutinarismo impermeable y denso de la prensa limeña s e siente estupoiado cuando apare-

1 José Carlos Mariátegui: *La Escena Contemporánea*. Editorial MINERVA.—Lima MCMXXV.

Disponemos de ejemplares de esta obra militante; a ₡ 3 el ejp.

cen los primeros artículos de Mariátegui, que la sumergen en un confortante baño histórico. Por primera vez se produce un pensamiento de esta estirpe, atento a la realidad fluyente del mundo y capaz de darnos una interpretación o versión personal de la época en un ambiente sino *antihistórico*, por lo menos característicamente *ahistórico*. El Perú produce las primeras *pupilas históricas* capaces de organizar, concordar y traducir, con mirada nacional y contemporánea, la fluencia o devenir de la época. Este ojo nos faltaba, nos ha faltado siempre para arrancarnos de ese nuestro particularismo o provincianismo centrista, de ese nuestro aldeanismo sombrío, presuntuoso y conformista que nos ubicaba en el mejor de los mundos posibles. Cándido o Gedeón internacional que se mantenía señero y orgulloso de su *áureo* aislamiento en medio de las trepidaciones patéticas y exageradas del drama histórico. Necesitamos más ojos, muchos ojos como éstos para que nuestro pueblo se incorpore en definitiva a la rotación de la época y para que podamos ganar así nuestra ciudadanía mundial.

La crítica nacional no se ha producido con la latitud y la comprensión entusiástica que exige un libro de pensamiento nutrido y serio como el de Mariátegui. *La Escena Contemporánea* merece algo más que una breve gacetilla bibliográfica en el diarismo. Si fuese el Perú un país rico en producción intelectual, tal vez podría justificarse este laconismo casi indiferente; pero en un país pobre de solemnidad, casi analfabeto, sólo se explica por esa falta absoluta de conciencia intelectual que no sabe lo que significa un libro de pensamiento. Sólo algunos escritores—muy pocos—han comentado el libro, pero lo han hecho de tal manera, salvo alguna que otra excepción, que la obra de Mariátegui se confunde con tantas otras de significación escasa o mediocre. Creo para mí que este confusionismo en la valoración estimativa de la labor intelectual que no jerarquiriza la creación, es uno de los peores males que puedan azotar a un pueblo y más si este pueblo carece de fuertes estímulos vitales. La conciencia colectiva se torna así en un limbo moral, que no es capaz de percibir y amar la justicia precisamente en aquellos de sus matices más ingrávidos y puros, que se han desprendido de su ganga o lastre fisiológicos. Y los pueblos, por lo menos ciertos núcleos de ellos, necesitan esta espiritualidad ética depuradora de tan potentes capacidades creadoras.

En el Perú se pasará algún tiempo para que se produzca otro libro tan serio y tan maduro, tan honrado y tan sereno, tan diáfano y tan luminoso como el de Mariátegui. ¡Henchida gavilla ideológica que merece difundirse por todos los ámbitos nacionales—aún por los más oscuros y humildes—porque su potencia germinadora está pidiendo fecundos te[illegible]nos de almas para la siembra!

ANTENOR ORREGO

Trujillo, febrero 19 de 1926.

José Carlos Mariátegui

HAY momentos en que uno se siente avergonzado de tener amor por ciertas ideas filosóficas que reclaman de sus afiliados, no adhesión pasiva, sino una lealtad inteligente, dinámica y cuya demostración no se limite a mera retórica. Y se experimenta vergüenza porque se comprende que el culto por ellas ha estado reducido a puro platonismo.

Escribe Magda Portal en el *Repertorio Americano* correspondiente al 16 de julio del corriente año, del estado de anarquía disfrazada de orden que maneja en estos momentos al Perú, y entre otras cosas cuenta de José Carlos Mariategui, el noble escritor inválido de ambas piernas, encerrado en un calabozo, porque no es de los intelectuales que se esconden tras el cómodo *silencio de oro* ante los actos indignos de los dirigentes de un país o los disimulan bajo la miel que destilan su lengua o su pluma adulona, o bien se encaraman en la columna del arte como aquellos estilitas de la Edad Media a ver pasar al prójimo ya triunfante, ya debatiéndose y sangrando; porque ha hecho en voz alta,—sin gestos teatrales ni gritos líricos, sino sencillamente, con una justedad y sencillez cristalinas de agua pura,—la crítica del gobierno de su pueblo y de otros pueblos.

Cuando se medita en este hecho tan corriente en todos los tiempos; en la tragedia de Sacco y Vanzetti con su juez Thayer cuyo juicio parece la cristalización de la ética contemporánea, o se otea alrededor y a lo lejos, nos damos cuenta de que el número de gentes que clamamos por una revolución social que conduzca a un plano de vida más humano, está formado por una cantidad mayor de diletantes que de fieles y decididos adeptos.

Se me dirá que la evolución de la humanidad con sus revoluciones inclusive, hacia un orden más perfecto de vida, es tan lento como la formación de las capas geológicas, y que estas demostraciones que nos llenan de *tranquila* indignación no son otra cosa que la lucha engendrada por las diferentes tendencias.

Bueno, pero el caso es que formamos parte de la cobardía, de la indiferencia que se oponen a la realización de este movimiento ascendente, y formamos parte, con todo y nuestras ideas revolucionarias metidas en la cabeza e inofensivas como un arsenal de armas descargadas y herrumbradas.

Y pienso llena de angustia, que mientras escribo estas líneas al abrigo de cualquier peligro, José Carlos Mariategui, el valeroso escritor a quien le faltan sus dos piernas, languidece en una mazmorra, quizá muriéndose de hambre—según la noticia de Magda Portal. Recuerdo sus artículos publicados en el *Repertorio Americano* y los recogidos en el volumen *La Escena Contemporánea*, y me parece tener al frente, la figura espiritual que los escribiera, erguida y completa, serena y apasionada al mismo tiempo, figura que el Perú debiera colocarse con orgullo sobre su frente y no arrojar como la de un criminal a un calabozo.

¡Y qué infinita vergüenza siento al meditar en tal hecho, del que todos los adultos vivientes, de los países que se dicen civilizados, cual más, cual menos, venimos siendo cómplices.

Resulta tremendo esto de comprender que se está cometiendo una injusticia en alguna parte, que miles de hombres lo saben y sin embargo siguen como si no lo supiesen o como si asistieran a una representación teatral.

CARMEN LYRA

Costa Rica.—Julio 1927.

Página lírica

de Blanca Luz Brum de Parra del Riego



Apunte de JUAN DEVÉSCOVI

los ojos que bailan

esta noche duerme la luna
en los nidos de los pájaros

por un camino he visto a un niño
pastoreando hortensias rosadas

allá en el río de la plata
los aviadores de las luces
usan pabellones colorados

alegres, alegres
hoy vamos a danzar con las auroras

Semilla divina

Es a la media noche
cuando se caen al campo las estrellas madu-
[ras

¡semillas de amapolas y verbenas!

Las suaves criaturas de las eras
cortan los tallos de las estrellas!

Revolución

cristo!
otra vez descalzos hacia los crepúsculo

sobre las aguas flotan
banderas milagrosas

y vienes por el grito infinito
de los que sufren
sobre el pecho tajeado de los hombres
amaneces tendido como un canto

¡y dices a donde vamos!

trabajo—justicia—amor
tu trinidad maravilla
a las criaturas

los horizontes absortos
van siguiendo tus pasos

nosotros llevamos en la frente
tu bandera de gracia

con nuestro canto
levantamos bayonetas caladas
a los tiranuelos de américa.

Mi canto al árbol

Dedicado a los obreros de Vitarte.

En tierra seca y dura
el hombre con su mano
derramó la verdura
y puso la feliz criatura
de
UN ARBOL

¡Salve oh! milagro.
Antes que tú vinieras
la soledad y el frío
se comían
el canto de los pájaros.

AHORA
bajo tu sombra
hablan los hombres
de JUSTICIA y AMOR

y a veces te estremecen
los mensajes violentos
de la REVOLUCIÓN

y enarbolas bien alto
los trinos rojos de tus pájaros.

Desde sus carros
las triunfantes Albas
te arrojan serpentinas
y esmeraldas

y los ponientes
con sus divisas rojas
en la frente

MUEREN CANTANDO
LA INTERNACIONAL

Círculo

Yo estoy.

Nada más queda.

No has venido a anunciarme
una NUEVA.

Yo estoy desde hace tiempo
con mi oído pegado a los siglos
y mi canto rodando en el viento.

Tengo
sabiamente doblada mi cabeza
sobre las aguas puras
o el color más atroz.

Cuando tú llegas
YO REGRESO DE TODO.

Mañana limeña

El viento está tosiendo
sobre una rama—Y
un pájaro le ofrece
PASTILLAS DE CANTO

El sol recorre en bicicleta
las avenidas de la «Plaza Sucre»
Parece un soldado de la «Guardia Española»

Cuando nadie lo mire
le comerá las naranjas al día.

Las florecillas del césped
quieren hacer un POEMA con minúsculas.

Y todas las flores coloradas
están haciendo cables al Uruguay:
BAT-LLE... BAT-LLE... BAT-LLE...

Locura

El rojo resplandor de cien infiernos
como un estigma se grabó en mi frente.
Se hundieron para siempre las auroras
y crecieron sin tregua los ponientes.

Mis ansias:
agudos berbiquíes
que horadaron mi alma.

Mi vida:
copa de sangre derramada
en la túnica blanca de los días.

Ir...Ir...Ir con un alma enloquecida,
con la espada de una noche eterna clavada
[en la pupila

Ir... ir... ir como una inmensa sombra
entre las sombras de la vida.

El pueblo maravilloso

Publicamos aquí el prefacio de esta novela de Francisco Contreras, que edita la AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA, *de París, y que apareció en francés en 1924, con el título de* La Ville Merveilleuse



Francisco Contreras

Madera de P. GALLIEN

Al contrario de lo que generalmente se cree, la América española, unida por la comunidad del origen y de la lengua, constituye un conglomerado social que posee caracteres propios y cuenta con una tradición genuina y rica. Estos dones comunes son el resultado de los aportes, que en todos nuestros países han sido semejantes, del español conquistador y del indio aborigen; de la contribución de las generaciones posteriores, que casi en todos nuestros pueblos han seguido orientación parecida, y de la influencia del medio físico, que en todas partes ofrece el mismo carácter general de grandeza primitiva.

Tenemos, pues, costumbres tradicionales, aficiones, juegos, danzas, fiestas y hasta trajes característicos y pintorescos, que no ofrecen sino diferencias accidentales de un país a otro: así, por ejemplo, la afición a los juegos hípicos, originada por la necesidad del caballo como medio de locomoción, y la danza lánguida y sin embargo rumbosa, que en Chile se denomina cueca y en Colombia bambuco. Pero poseemos, sobre todo, un acervo espiritual de canciones, melodías, consejas, cuentos, proverbios, etc., singulares y hermosos, que se repiten, con diferencias insignificantes, en cada país: tal la canción voluptuosa y desgarradora, que en Bolivia se llama yaraví y en Cuba guajira, y tal el romance y el cuento azul de origen tradicional español. En este terreno somos sumamente ricos. Los recientes estudios de folklore nos están haciendo ver que poseemos una verdadera mitología inspirada por la teogonía indígena y por la superstición española modificadas por el ambiente. Sin duda, esta mitología ofrece diferencias en cada país, pero presenta aspectos esenciales de la misma naturaleza. Así, el mito del bicho luminoso que guarda los tesoros, lo hallamos en Chile con el nombre de Carbunclo y en la Argentina con el de Farol, y las supersticiones de la «fascinación» y del pacto con el diablo las encontramos en todas partes.

Como todas las sociedades primitivas, los pueblos hispanoamericanos tienen la intuición muy despierta de lo maravilloso, esto es, el don de *encontrar* vínculos más o menos figurados con lo desconocido, lo misterioso, lo infinito. Pues, bien consideradas, las supersticiones y su encarnación: el mito, son manifestaciones subconscientes del espíritu religioso en la más amplia acepción de la palabra. Si no constituyen verdades concretas más que para algunos hombres ignorantes o ingenuos, representan para todos esas verdades secretas, simbólicas, clave del misterio de la vida. Nuestra mitología es, pues, elemento esencial precioso de nuestro espíritu colectivo.

Este fondo característico y tradicional se conserva viviente y trascendente en todos nuestros países, a pesar del progreso y de la inmigración extranjera, más notable, por cierto, en el campo y las aldeas, pero visible todavía en las ciudades y aún en las capitales. La citada afición hípica y el gusto por las danzas populares son comunes a todas nuestras clases sociales. El ascendiente de este fondo tradicional es tan poderoso que aún los elementos nuevos de la población, resultantes de la inmigración extranjera, sufren su influencia. Es sabido que en la Argentina, los hijos de extranjeros alardean de parecer, en sus dichos y en sus hechos, «criollos».

Por cierto, en nuestros pueblos aún en formación, se desarrollan día a día costumbres nuevas, determinadas por el progreso moderno y por el aporte de la inmigración europea. Pero tales costumbres no son exactamente las de Europa, sino éstas más o menos influídas por nuestro espíritu tradicional y modificadas por el medio. Igualmente, acrece día a día entre nosotros un nuevo acervo espiritual, principalmente literario y científico, originado por la influencia de la cultura europea, pero esta riqueza emprestada comienza ya a tornarse original, sobre todo en el dominio literario. Y cosa que puede parecer extraña, germina actualmente en nuestras sociedades un gran número de supersticiones y mitos nuevos. Pues el don de lo maravilloso, como el espíritu religioso, medra en todas las épocas y en todos los lugares; el creer que en nuestro siglo y en nuestro medio no existe ya es pura ilusión de proximidad. Las leyendas que se forman en rededor de ciertas personalidades, las preocupaciones suscitadas por algunos fenómenos mal conocidos, como el hipnotismo o la telepatía, la personificación de ciertas ideas abstractas, cual el Progreso o la Libertad, la deificación de los héroes o los protagonistas literarios son otros tantos mitos y supersticiones en formación o en pleno desarrollo. Mas como nuestra tradición y nuestro medio tienen caracteres propios, estas manifestaciones del alma colectiva aparecen también, entre nosotros, más o menos diferenciadas.

Al actual movimiento de nuestras letras, el Mundonovismo [1], que en pos de asimilarse las verdaderas conquistas del Modernismo, aspira a crear una literatura autónoma y genuina, busca instintivamente su inspiración en nuestro tesoro tradicional y característico, a fin de reflejar las grandes sugestiones de la tierra, de la raza, del ambiente. Deseando interpretar verdaderamente la vida de la América española y, en particular, la de mi país, Chile, he debido yo recurrir a este tesoro que es algo así como el cuerpo desnudo y el alma recóndita de nuestras sociedades. He considerado, pues, las costumbres y las actitudes trasmitidas por nuestros antepasados, sin descartar lo que tienen de pintoresco o de picante. Mas no he dado a estos elementos, por así decir exteriores importancia preponderante. Nuestros viejos novelistas de costumbres, que se inspiraron en ellos, no consiguieron hacer más que cuadros de un colorido primario, vacíos, por lo general, de verdadera animación. En el arte, lo primordial es la psicología. He recurrido, pues, con mayor empeño a nuestra tradición espiritual, que es la manifestación directa de la mentalidad y el sentimiento colectivos. En esto, como en el examen de nuestras habitudes, me he guiado por mis recuerdos, pues

1 Otros llaman a este movimiento, Americanismo

conozco bien la vida de mi país, en todos sus planos sociales. Empero, para interpretar el hombre integralmente, es menester no olvidar los fenómenos de la subconciencia o de lo inconsciente, como quiere Freud; por desgracia, los novelistas en general no se ocupan mucho de ello, contentándose con el examen de los sentimientos y de las ideas. Por eso he considerado, con cierta preferencia, nuestra maravillosidad tradicional que es la simbolización subconsciente y, por tanto, más profunda de nuestro espíritu. En fin, como mi propósito comprende la época contemporánea, me he hecho eco también de nuestras costumbres modernas y de nuestros nuevos modos de pensar, de sentir y, permítaseme la expresión, de subsentir.

Es menester que los novelistas se propongan en fin interpretar la humanidad integralmente. esto es, en su existencia material, sentimental e ideológica, a la vez que en su vida recóndita, oculta, subconciente, tratando de destacar, de la banalidad aparente del cotidiano vivir, todo el inmenso e inquietante misterio humano. Pero es necesario también que procedan por síntesis, por selección, por escorzo, eliminando lo inútil y lo insignificante, para construir, en lo posible, con elementos esenciales, como lo hacen los líricos, a fin de entrañar significación trascendental y perdurable. Es menester, en una frase, inaugurar la Novela Integral y Lírica.

Desgraciadamente, la forma común de este género, rígida y unilateral, no es bien propicia para encuadrar la vida en sus aspectos múltiples y en su psicología intrincada. De aquí, sin duda, que los más grandes novelistas contemporáneos hayan salvado sus límites, desarrollando dos o más intrigas al mismo tiempo. Yo hago, sencillamente, la novela en episodios que se vinculan de manera más o menos estrecha: todos se desenvuelven en el mismo lugar y el mismo lapso de tiempo, en todos aparecen los personajes más salientes, y en cada uno se trata un poco del que precede o del que sigue, asegurando así la continuidad de la narración. De este modo he podido hacer actuar una muchedumbre de personajes y pintar innumerables escenas características. A pesar de su composición fracmentada, la obra así concebida es pues un relato completo, una novela verdadera. Fácilmente se descubre en ella una unidad perfecta, pues en realidad todo gira en rededor de un grupo de personas, grupo que es el verdadero protagonista (en el caso de este libro, la familia Herrera) y todo ocurre en un lugar determinado y en un tiempo reducido. No es pues la novela de varios casos particulares, sino la de una comarca y de una época. No creo yo, por cierto, que esta forma sea la única idónea a la novela nueva; creo, simplemente, que es la que conviene a mi propósito.

Los escritores americanos debemos considerar todavía otra cuestión de suma importancia: la de la lengua. Siendo nuestro idioma el castellano, es evidente que debemos escribir según sus normas, renunciando a la veleidad de las pretendidas lenguas regionales y a la licencia de las ortografías locales, reformadas. Si la unidad en los idiomas es cosa preciosa, en el nuestro es indispensable, pues sólo con ella podremos ser comprendidos exactamente en todos nuestros países. Debemos pues cuidar la pureza de la expresión, sintaxis y léxico, rechazando los giros y vocablos improvisados, que deslucen nuestras letras modernistas e infestan la joven literatura. No quiere esto decir que haya que condenar todo neologismo o galicismo: hemos de admitir los que son necesarios o siquiera convenientes al enriquecimiento idiomático, principalmente las voces nuevas desprendidas del vocabulario castizo. La lengua, como todo lo natural, es un fenómeno en perpetua evolución. Pero, ¿para qué inventar, por ejemplo, ese vocablo ridículo: *sedicente* (del francés: *soi-disant)* cuando podemos expresar lo mismo diciendo: pretendidamente? (No se vea en esto jactancia de escribir bien, sí deseo de conseguirlo.) Convendría, sin embargo, que en el estilo de la novela prefiriéramos, dentro del léxico puro, las voces de uso corriente en nuestros respectivos países, a fin de dar mayor sabor a nuestras narraciones. Es sabido que en América empleamos palabras que en España se usan hoy muy poco, e inversamente. Habiendo observado que entre los aldeanos de mi país se conservan palabras arcaicas, de la época de los conquistadores, no he vacilado yo en ponerlas en voca de algunos de mis personajes; creo que con ello no he restado majestad al discurso. Naturalmente, hemos de usar también, en ocasiones, los vocablos regionales que significan ideas o cosas locales y ciertos americanismos conocidos, pero estos vocablos necesarios pertenecen de hecho a nuestra lengua, con el mismo derecho que los provincialismos españoles. Empero, en América se usan muchas palabras en forma defectuosa, por efecto de mala pronunciación o, lo que es más grave, de degeneración. ¿Cómo hacer hablar pues, a nuestros personajes populares? Cuando es cuestión de mala pronunciación, creo que debemos renunciar sencillamente al socorrido procedimiento de la traducción fonética, pues de seguirlo, tendríamos que hacer expresarse incorrectamente, devorando al menos las eses finales, a los personajes más cultos. Cuando se trata de degeneración la decisión es más difícil. Celoso de la verdad, en mi libro *La Varillita de Virtud*, empleé, en las conversaciones, las formas verbales desviadas, que se usan en mi país. Mas habiendo visto que tal proceder pareció chocante en nuestras repúblicas del Norte, he renunciado a él, en vista de que la degeneración verbal no asume, en todos nuestros países, igual forma. Me he esforzado, pues, en conseguir la espontaneidad en los diálogos por medio más lícito: por la transcripción rigurosa de los giros característicos, las frases escorzadas, las palabras sabrosas del lenguaje popular. Pues me parece que el hablar de los personajes es, en la novela, cosa de suma importancia.

El Pueblo Maravilloso forma parte de un ciclo de novelas que interpretará la vida de la América española y, en particular de Chile, durante los últimos treinta años, en la aldea, en el campo, en la ciudad. Ciclo que se compondrá de diez libros. Esta novela [1] es el primero. El segundo y el tercero: *La Montaña Maravillosa*, *El Valle Maravilloso*, están escritos ya. Los restantes: *La Ciudad*, *La Selva*, *La Metrópolis*, *El Estero*, *El Exodo*, *La Tierra*, *La Catástrofe*, están bosquejados o siquiera planeados. Quiera Dios conceder al autor el tiempo indispensable para llevar a cabo su temerario designio.

FRANCISCO CONTRERAS

París, 1927.

1 *El Pueblo Maravilloso* apareció en francés en 1924 con el título de *La Ville Merveilleuse* («Renaissance du Livre», París). Númerosos críticos, maestros y jóvenes, como Henri de Regnier, Fernand Vandérem, Jean Royére, Antoine Albalat, John Charpentier, Francis de Miomandre, Pierre Mac Orlan, Cécile Perrin, Raymond Clauzel, Jean Cassou, Pierre Bonardi, Léon Bocquct, Manoel Gahisto, C. de Saint-Cyr, René Morand, etc., le dedicaron en diarios y revistas juicios excelentes.—*Nota del Editor*.

Protesta

Lima, 1.º de julio de 1927.

Estimado compañero:

Tengo el deber de protestar ante la opinión latino-americana contra las falsas acusaciones lanzadas por la policía de Lima contra los intelectuales y obreros de vanguardia del Perú, para explicar su persecución. Estas acusaciones, recogidas sin ninguna crítica por la mayoría de los corresponsales, han sido propagadas por la gran prensa. En el Perú han circulado sin más réplica que una carta mía, por encontrarse, como es notorio, toda la prensa bajo el contralor o la censura del gobierno. En esta ocasión, además, el Ministro de gobierno llamó a su despacho a los periodistas para comunicarles dramáticamente el peligro que habían corrido el Estado, la sociedad, etc., de ser intempestivamente barridos por una súbita marejada comunista. Y el decano de la prensa de Lima, *El Comercio*, órgano de la clase conservadora, que pasa por silencioso adversario del gobierno, coreó con estúpida gravedad la versión policial del «descubrimiento de un complot».

Aunque no es probable que la parte más avisada y consciente del público latino-americano haya concedido el menor crédito a esta mentira, conviene, por la difusión que le han dado las agencias y los diarios,—generalmente sin ninguna juiciosa reserva — oponerle un categórico desmentido.

En el Perú no se ha descubierto ninguna conspiración comunista. La policía no ha podido apoyar sus enfáticas aseveraciones en ninguna prueba seria. Los documentos publicados consisten en cartas cambiadas entre estudiantes desterrados y obreros de Lima que no contienen más que la reafirmación de ideas fervorosamente profesadas y la enunciación de propósitos de propaganda. La reunión sorprendida por la policía fué una sesión ordinaria de la Editorial Obrera *Claridad*, para la cual se había citado por la prensa. En esta sesión, en la que se arrestó a cuatro estudiantes y algunos obreros, en su mayor parte gráficos, se trataba sobre la adquisición de una pequeña imprenta. La policía extrajo violentamente de sus domicilios la misma noche a los más conocidos organizadores obreros, tanto para paralizar una segura protesta, como para dar mayor volumen a su pesquisa. La versión oficial presentaba a todos los presos como concurrentes a una reunión clandestina. Entre ellos se contaban sin embargo, personas que no trabajaban absolutamente en la Editorial *Claridad* como el escritor Jorge Basadre, responsable sólo de un estudio sobre la penetración económica de los Estados Unidos en Centro y Sud-América y, particularmente, en el Perú.

El balance de la represión es el siguiente: reclusión en la Isla de San Lorenzo de cuarenta ciudadanos, entre escritores, estudiantes y obreros; clausura de la revista *Amauta*, órgano de los intelectuales y artistas de vanguardia; deportación de los poetas Magda Portal y Serafín Delmar a La Habana; acusaciones y vejámenes a la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, viuda del gran poeta peruano Juan Parra del Riego; cierre por una semana de los talleres y oficinas de la Editorial *Minerva;* prisión en el Hospital Militar donde permanecí seis días, al cabo de los cuales se me devolvió a mi domicilio con la notificación de que quedaba bajo la vigilancia de la policía, etc. etc.

El pretexto del «complot comunista»—no obstante la unánime aceptación que ha merecido de la prensa limeña, incondicionalmente a órdenes del ministerio de gobierno—a la mayor parte del público le parece aquí grotesco. La batida policial ha estado exclusivamente dirigida contra la campaña anti-imperialista, contra la organización obrera, contra el movimiento del *A. P. R. A.* y contra la revista *Amauta*, cada día más propagada en el Perú. Se denuncia al *A. P. R. A.* como una organización comunista, aunque se sabe bien que es una organización anti-imperialista latinoamericana cuyo programa se condensa en estos tres puntos: «Contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de América Latina, para la realización de la justicia social.»

Usted, estimado compañero, conoce *Amauta*. Apelo a su imparcial testimonio para rechazar y condenar las acusaciones con que se pretende justificar la clausura de esta revista que representa un movimiento ideológico no sólo peruano sino continental. Invoco el juicio de los intelectuales honrados. De muchos he recibido ya generosas demostraciones de solidaridad que me honran y alientan.

Ruego a Ud., estimado compañero, la publicación de estas líneas y me suscribo de Ud. muy devotamente.

José Carlos Mariátegui

A don Joaquín García Monge.
Director de *Repertorio Americano*.
San José de Costa Rica.

Contra el secreto profesional a propósito de Pablo Abril de Vivero

La actual generación de América no anda menos extraviada que las anteriores. La actual generación de América es tan retórica y falta de honestidad espiritual como las anteriores generaciones de las que ella reniega. Acuso a mi generación de impotente para crear o realizar un espíritu propio, hecho de verdad, de vida, en fin, hecho de sana y auténtica inspiración humana. Presiento desde hoy un balance desastroso de mi generación, de aquí a unos quince o veinte años.

Estoy seguro de que estos muchachos de ahora no hacen sino cambiar de rótulos y nombres a las mismas mentiras y convenciones de los hombres que nos precedieron. La retórica de Chocano, por ejemplo, reaparece y continúa, acaso más hinchada y odiosa, en los poetas posteriores. Así como con el romanticismo, América presta y adopta actualmente la camisa europea del llamado «espíritu nuevo», en un rasgo de incurable descastamiento cultural. Hoy, como ayer, los escritores practican una literatura prestada. Hoy, como ayer, la estética,—si así puede llamarse esa simiesca pesadilla de los escritores de América,—carece allá de fisonomía propia. Un verso de Maples Arce, de Neruda o de Borges, no se diferencia en nada de uno de Reverdy, de Ribemont o de Tzara. En Chocano hubo, por lo menos, el barato americanismo de los temas y nombres. En los de ahora ni eso.

Voy a concretar. La actual generación de América se ufana y se fundamenta en los siguientes aportes:

1) Nueva ortografía. Supresión de signos puntuativos y de mayúsculas. (Postulado europeo, desde el futurismo de hace veinte años, hasta el dadaísmo de 1920).

2) Nueva caligrafía del poema. Facultad de escribir de abajo arriba, como los tibetanos o en círculo o al sesgo como los escolares del kindergarten; facultad, en fin, de escribir en cualquier dirección, según sea el objeto o emoción que se quiere sugerir gráficamente en cada caso. (Postulado europeo, desde San Juan de la Cruz y los benedictinos del siglo xv, hasta Apollinaire y Beauduin).

3) Nuevos asuntos. Al claro de luna sucede el radio. (Postulado europeo, en Marinetti como en el sinoptismo poliplano.)

4) Nueva máquina para hacer imágenes. Sustitución de la alquimia comparativa y estática, que fué la trinchera de la metáfora anterior, por la farmacia aproximativa y dinámica de lo que se llama *rapport* en la poesía *d'aprés-guerre* (Postulado europeo, desde Mallarmé, hace cuarenta años, hasta el super-realismo de 1924).

5) Nuevas imágenes. Advenimiento del poleaje casuístico y yazbándico de los puntos de apoyo de la metáfora, según leyes sistemáticamente opuestas a las leyes estéticas de la naturaleza; divorcio absoluto de los valores estéticos de la vida y los valores estéticos del arte (Postulado europeo, desde Lautremont hace cincuenta años, hasta el cubismo de 1914.)

6) Nueva conciencia cosmogónica de la vida. Desarrollo del espíritu de unidad humana y cósmica. El horizonte y la distancia adquieren insólito significado, a causa de las facilidades de comunicación y movimiento que proporciona el progreso científico e industrial. (Postulado europeo, desde los trenes estelares de Laforgue y la fraternidad universal de Hugo, hasta Romain Rolland y Blais Cendrars.)

7) Nueva sensibilidad política y económica. El espíritu democrático y burgués cede la plaza al sentimiento comunista integral. (Postulado europeo, desde Tolstoi, hace cincuenta años, hasta la revolución super-realista de nuestros días.)

En cuanto a la materia prima, al tono sutil e intangible, que no depende de preceptivas ni de teorías del espíritu del creador, no hay indicios concluyentes de su existencia en América. La producción literaria se queda allá en chisporroteos frustrados, en intermitentes posibilidades. Por medio de las nuevas disciplinas estéticas que acabo de enumerar a la ligera, los poetas europeos van realizándose más o menos, aquí o allá. En América, a causa justamente de que tales disciplinas son importadas y practicadas al pie de la letra, sin modificaciones, ellas no logran ayudar a los escritores a revelarse y realizarse, pues dichas disciplinas no responden a necesidades peculiares, ni han sido concebidas por libre impulso vital de quienes las cultivan. La endosmosis, tratándose de esta clase de movimientos espirituales, lejos de nutrir, envenena.

No se trata aquí de una conminatoria a favor de nacionalismo, continentalismo ni intereses raciales. Siempre he creído que estas clasificaciones están fuera del arte y que cuando se juzga a los escritores en nombre de ellas, se cae en grotescas confusiones y peores desaciertos. No pido a los poetas de América que canten el fervor de Buenos Aires, como Borges, ni los destinos cosmopolitas, como otros muchachos. No les pido esto ni aquello. Hay un timbre humano, un sabor vital y de subsuelo, que contiene, a la vez, la corteza indígena y el sustractum común a todos los hombres, al cual propende el artista, a través de no importa qué disciplinas, teorías o procesos creadores. Dése esa emoción, sana, natural, sincera, es decir, prepotente y eterna y no importa de dónde vengan y cómo sean los menesteres de estilo, técnica, procedimiento, etc. A este rasgo de hombría y de pureza conmino a mi generación.

Mientras no se llegue a tal honestidad espiritual, tacho a mi generación de plagio grosero, plagio que le impide expresarse y realizarse dignamente. Y la tacho de falta de honradez espiritual, porque al imitar las estéticas extranjeras, están conscientes de esta imitación, y, sin embargo, la practican, alardeando que obran por inspiración autóctona, por sincero y genuino impulso personal. La autoctonía no consiste en *decir* que se es autóctono, sino en *serlo* efectivamente, aun cuando no se diga.

***

Leyendo el último libro de Pablo Abril de Vivero, *Ausencia*, he vuelto a pensar en la literatura de América. Libros como éste representan un momento muy significativo. De lejos se ve la nobleza de estos versos. Nobles, porque, en pleno 1927, no pretenden descubrir el remedio contra la tuberculosis y ni siquiera una escuela más de poesía. Pertenece este libro a la humana hermosura de la llana elocución y de la rara virtud de emocionar. Este libro es, por eso, de los nobles de América. Abril pudo enredar un poco la sintaxis y otro poco la lógica estética

(no la otra lógica) y habría así, por este solo hecho, ingresado a esas masas de chiflados que, bajo tal o cual rótulo vanguardista, infestan América. (Digo masas, porque hoy, al revés de lo que debería o podría acontecer, la casi totalidad de los escritores son allá revolucionarios. De este modo, con un criterio aritmético, se podría afirmar que la aristocracia espiritual está en no ser vanguardista y lo vulgar y *standard* está en ser o, al menos, en rotularse tal). Abril pudo mixtificar un poco, escribiendo a ojos cerrados, y habría así *épaté* a los meridianos y círculos máximos. Si Abril hubiera siquiera escrito sin mayúsculas y con rascacielos,—paradoja ésta muy vanguardista,—Abril habría vanguardizado para las galerías.

Pero el libro de Abril, como otros sinceros libros de América, se dejó llevar por la emoción, logrando, de esta manera, mantenerse fuera de toda escuela y acusando una personalidad vigorosa. *Ausencia* es la obra de un poeta sencillo y profundo, humano y trasparente. Así se caracterizan los verdaderos artistas: dándose sin embadurnarse ni embadurnar a los demás. Los artistas que, como Abril, tienen algo que dar al corazón, lo dan sana y naturalmente. Casi todos los vanguardistas lo son por cobardía o indigencia. Uno teme que no le salga eficaz la tonada o siente que hay tonada que salga y, como último socorro, se refugian en el vanguardismo. Allí está seguro. En la poesía, seudo-nueva caben todas las mentiras y embrollos y a ella no puede llegar ningún control. Es el «secreto profesional» que propone Jean Cocteau; es «el reino que no es de este mundo», según el abate Brémond. La razón de Paul Suday, la necesidad sagrada de la emoción auténtica y humana, no tienen allí entrada.

Pero, por felicidad, salen una que otra vez libros como el de Abril en América, que logran, entre el charleston vanguardizante, un paso de equilibrio, una voz sana, un fresco brillo sin pretensiones. Por estos libros es dado, de cuando en cuándo, percibir indiscutibles posibilidades líricas en América. El capítulo *Nocturnos* de *Ausencia*, llega a un alto tono poemático.

Sólo que de Abril esperamos esa segura evolución estética que suele frustrarse en los poetas de la actual generación de América. Abril tiene de su parte la rara cualidad de no vanguardizar. Ello ya es una garantía de su porvenir.

CÉSAR VALLEJO

París, 1927.

Mariátegui, *Amauta*

Noticias muy escuetas, llegadas directamente de Lima, nos informan del encarcelamiento del admirable escritor peruano José Carlos Mariátegui, de la supresión de la revista *Amauta*, que Mariátegui dirige y de la clausura de los talleres en que esa revista se editaba. Ni que decir tiene que esas drásticas medidas obedecen a una orden común dictada por el Presidente Leguía. Tampoco es necesario señalar los pretextos de esa represión. José Carlos Mariátegui es el líder inmaculado, austero, abnegado, de la juventud peruana que desde hace algún tiempo viene abonando doctrinalmente la conciencia pública del Perú con nueva ideología política, social y económica. No se nos oculta el linaje radical de esas tendencias, ni el derecho que los gobiernos burgueses como el de Leguía tienen de precaverse contra ellas. Pero es triste tener que decir todavía, en pleno siglo XX, que las ideas sólo se combaten lícitamente con las ideas. Atinada o equivocadamente, Mariátegui y sus amigos aspiran al mayor prestigio, engrandecimiento y bienestar de la patria peruana. La valerosa revista *Amauta* traducía con fervor nobilísimo y serena claridad esos honrados anhelos.

1927, hace constar su más enfática protesta contra aquellos actos del dictador peruano y les envía su mensaje de simpatía a la revista limeña y a su valeroso inspirador.

(*1927*, revista de avance. Habana).

Hacemos propia la protesta de los compañeros de *1927*. Mariátegui es uno de los grandes ciudadanos de nuestra América, y uno de sus escritores medulares y pulcros. Es claro, AMAUTA no cabía en el ambiente asfixiante de Lima. Ya extrañábamos que lo dejaran llegar al No. 9. Excelente mensuario de doctrina y de polémica, no podía tolerarlo la camarilla del déspota que arruina al Perú. Si AMAUTA se ciñe a un programa de arte por arte y mera literatura, no se habrían metido con ella. Pero agitaba ideas... ¡gran pecado en los países oprimidos de nuestra América! De AMAUTA han hecho en justicia elogios Unamuno y Eugenio d'Ors. Téngase parte de esta entrega del REPERTORIO como un homenaje a los altos méritos de José Carlos Mariátegui, como hombre y como escritor de vanguardia. El REPERTORIO se ha honrado ya con producciones de Mariátegui. ¡Y más que publicará! Mariátegui es una de las mentes curiosas, activas y vigilantes en esta hora trémula de la América española.

gm.

Las balas de plata

=De la estupenda novela *Tirano Banderas*, por don Ramón del Valle Inclán. «Opera Omnia» Vol. XVI=

Tirano Banderas, con gesto huraño, esquivó el humo de la adulación, las volutas enfáticas. Manchados de verde los cantos de la boca, se recogía en su gesto soturno:

—Amigo Don Celes, las revoluciones, para acabarlas de raíz, precisan balas de plata.

Reforzó campanudo el gachupín:

—¡Balas que no llevan pólvora ni hacen estruendo!

La momia acogió con una mueca enigmática:

—Esas, amigo, que van calladas, son las mejores. En toda revolución hay siempre dos momentos críticos: El de las ejecuciones fulminantes, y el segundo momento, cuando convienen las balas de plata. Amigo Don Celes, recién esas balas, nos ganarían las mejores batallas. Ahora la política es atraerse a los revolucionarios. Yo hago honor a mis enemigos, y no se me oculta que cuentan con muchos elementos simpatizantes en las vecinas Repúblicas. Entre los revolucionarios, hay científicos que pueden con sus luces laborar en provecho de la Patria. La inteligencia merece respeto. ¿No le parece, Don Celes?

Don Celes asentía con el grasiento arrebol de una sonrisa:

—En un todo de acuerdo. ¡Cómo no!

—Pues para esos científicos quiero yo las balas de plata: Hay entre ellos muy buenas cabezas que lucirían en cotejo con las eminencias del Extranjero. En Europa, esos hombres pueden hacer estudios que aquí nos orienten: Su puesto está en la Diplomacia... En los Congresos Científicos... En las Comisiones que se crean para el Extranjero.

Ponderó el ricacho:

—¡Eso es hacer política sabia!

Y susurró confidencial Generalito Banderas:

—Don Celes, para esa política preciso un gordo amunicionamiento de plata. ¿Qué dice el amigo? Séame leal, y que no salga de los dos ninguna cosa de lo hablado. Le tomo por consejero, reconociendo lo mucho que vale.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

La libertad de pensar, bajo la tiranía peruana

por

Carlos Sánchez Viamonte

EL telégrafo acaba de traernos la noticia de que el gobierno del Perú ha clausurado la revista *Amauta*, de Lima y encarcelado a su director y redactores, atribuyéndoles ideas subversivas de carácter comunista e imputándoles un plan revolucionario inspirado por agentes de la Rusia soviética.

Los pretextos aducidos por el gobierno despótico de Augusto Leguía, son un viejo expediente del que se han valido ya muchas veces los gobernantes opresores para eliminar el obstáculo que constituyen los hombres dignos y libres. Hasta podría decirse que está de moda atribuir siniestros y misteriosos propósitos contra la patria y contra la sociedad, y contra el orden, a toda fuerza intelectual expansiva y vibrante, porque también está de moda el absolutismo y para los déspotas el delito de pensar es el más grave y peligroso de todos.

Hace unos días Mussolini dijo: «Italia soy yo»; poco después afirmaba Primo de Ribera— con motivo de una incidencia ocurrida en la Universidad de Barcelona— que la patria era él, y todo el mundo escucha complacido estas monstruosidades que convierten a los pueblos en propiedad privada de un amo, al mismo tiempo que se horripila ante la vaga amenaza contenida en dos o tres palabrejas— socialismo, comunismo, etcétera, — cuyo significado consiste *lato censu* en reconocer a la sociedad el íntegro dominio de sí misma.

Aquí mismo, en este país en donde existe el hábito de la libertad de pensar, bastante arraigado, se han producido hechos recientes reveladores de una tendencia liberticida. Primero fué un gran diario, tribuna tradicional de pensamiento libre eliminando a un redactor por hereje, y luego, el Poder Ejecutivo Nacional impidiendo a Rodrigo Soriano expresar sus ideas acerca de la monarquía española. En el primer caso, no se ocultó la imposición inquisitorial del arzobispo; en el segundo, confesó el presidente argentino que violaba la Constitución por complacer a su particular amigo el rey de España. Como siempre, monarquía y clero contra la cultura, que requiere dignidad y libertad.

He recordado lo que ocurre entre nosotros para que no se piense que vivimos en el mejor de los mundos, aunque, por contraste, parezcamos privilegiados de la suerte. Por algo se empieza, y ya se escucha un clamor de rebaño favorable a la dictadura,— a cualquier dictadura,— el esclavo no elije a su amo. Es el mismo clamor que llegó a ser delirante de abyección ante los príncipes extranjeros que pasaron por estas tierras coloniales con el desprecio insolente que debieron merecerle las multitudes bárbaras a los príncipes de la antigua teocracia oriental.

El leit-motitf de los gobiernos opresores consiste en el peligro que ofrecen para la patria y para el orden, las ideas avanzadas. lo que implica protección y fomento de las ideas retardadas que se pretenden gratas a la patria de Moreno y Echeverría. Por eso, se niega el reconocimienio oficial al gobierno de la República Socialista de los Soviets mientras que se sigue reconociendo personería diplomática al ex-representante del ex-Zar, arquetipo antirepublicano y antidemocrático. Por eso se permite en las escuelas reemplazar nuestro himno libertario por la alabanza del "Duce". Por eso nuestros grandes diarios y revistas ensalzan sin pudor a los dictadores y siempre tienen lugar en sus columnas para las predicas cortesanas o para describirnos espectáculos de servil anacronismo. Por eso se permite y hasta se aplaude toda propaganda de tendencia antidemocrática, francamente dictatorial. Por eso cualquiera hace y dice ahora despierto lo que antes nadie pudo ni ebrio ni dormido.

Conocí a Mariátegui y a los universitarios y escritores del grupo Amauta hace poco mas de dos años, en oportunidad de mi viaje a Lima; Mariátegui era ya, entonces, el campeón de la literatura peruana fuera de la Universidad y aún contra la Universidad. Físicamente inválido, triunfaba de su salud precaria y de sus contínuos padecimientos por milagro de su maravillosa complexión espiritual, que le permitía desplegar una actividad sorprendente de verdadero maestro. Encendido de fé idealista y dotado de energía sobrehumana, Mariátegui sometió su impulso a una férrea disciplina de estudioso y llegó a conseguir un equilibrio rayano en la serenidad, pero no esa serenidad que frecuentemente sirve de disfraz a la cobardía, la indiferencia o el utilitarismo.

Alma de temple estoico debía ejercer y ejerció legítimamente un noble influjo en toda la juventud de Lima primero, y del Perú bien pronto, extendiéndose luego a toda la América de habla castellana en donde se le admira y respeta por su obra intelectual, aun sin conocer el mérito decisivo de su virtud apostólica.

Los jóvenes intelectuales y universitarios agrupados en torno de Mariátegui han llegado a ser sus compañeros, pero siguen siendo sus discípulos a través de una larga disciplina de perfeccionamiento individual y de colaboración solidaria, porque es obra de selección depurativa y enaltecedora, la que se requiere para marchar junto a tales maestros, no la exigida por nuestras pedantescas universidades burocráticas.

Así, fué *Amauta* una escuela de sabiduría y de cultura cien veces superior a la Universidad de San Marcos. Cada discípulo de Mariátegui, por serlo, adquirió la prestancia de un maestro de los otros, iniciándose en la maestría de sí mismo, y todos difundieron armoniosamente el espíritu de la nueva América en las páginas de la hermosa revista, hollada ya por la pezuña sangrienta del tirano.

Ni Mariátegui ni sus compañeros ocultaban en la intimidad su dolor impotente ante el espectáculo de la tiranía, pero lo callaron desde las páginas de *Amauta* con la esperanza de que se les permitiese realizar su labor educativa y dignificadora sin rebeldías políticas inútiles por ineficaces. En cambio, reconstruían la historia del Perú descubriendo y revelando su verdadero sentido, valoraban con certera justeza la escena mundial contemporánea, tan admirablemente descrita por Mariátegui en su último libro; ahondaban la crítica social de la vida americana señalando sus fallas con método riguroso y visión inteligente; promovían la redención del indio— aún esclavo o siervo,— incorporándolo a la sociedad como un aporte vigoroso y útil; dignificaba el arte emancipándolo del patrón europeo incomprendido y liberándolo de su tradicional servilismo o de su mansedumbre vanal y lucrativa; construía con fervor de creyente y amor de artista un nacionalismo continental americano más fecundo que todos los internacionalismos conocidos, incluso el proclamado por la iglesia política en nombre de Cristo; proclamaba un nuevo sentido de la vida en la realidad de este siglo, rectificador y constructivo frente a la hipocresía tradicional y oponía, por último, las fuerzas morales de América indo-latina a la garra invasora y rapaz del capitalismo de presa organizado en yanquilandia.

Toda esa obra magnífica constituía, por cierto, un grave peligro para la dictadura peruana de ese corredor de seguros, Augusto Leguía, convertido en el amo absoluto de la noble tierra de los Incas, y acaba de destruirla con los siniestros propósitos de un pirata que apagase un faro a fin de disfrutar el mísero despojo del naufragio.

(*El Argentino*. La Plata. República Argentina.

Reparos a los *Apuntes para una Geometría del porvenir* de M. Vincenzi

1.—El hecho de que la Geometría no-euclidiana venga siendo objeto de estudios, maravillosas concepciones y también meras fantasías, no significa que la Geometría euclidiana haya perdido su valor filosófico, ya que nadie discute su valor práctico. Ni significa tampoco que ya se le ha agotado el transcendente valor cósmico y metafísico que posee. Esa Geometría, cuyos orígenes se remontan aún más allá del sarcedocio egipcio, (la sola pirámide mayor es un tratado de Geometría y Cosmometría) se desarrolló en la Escuela de Crotona, bajo la directa inspiración de Pitágoras. Euclides fué un pitagórico. Cuando esta Geometría se estudie desde un más elevado punto de vista, constituirá una Geometría del porvenir. La nueva raza que ahora surge añadirá nuevos axiomas, pues que a sus nuevas facultades aparecerán, como evidentes, verdades que requerían demostración en el pasado.

Nadie, que yo sepa, ha demostrado la inexactitud de la Geometría euclidiana. Lo que se ha hecho es probar que no es la única posible.

2.—No sólo es arbitrario, es un imposible exigir que la dimensión sea algo firme e invariable, desde que el Universo está en perpetuo movimiento. Lo que precisamente constituye la base física de la relatividad.

Ahora bien, el espacio que conocemos no es invariable; antes por el contrario, la astronomía histórica nos declara la periodicidad de sus variaciones. Y si no se tratara del espacio visible. sino del conceptual, tendríamos el concepto kantiano de forma intuitiva *a priori*. o el espacio de las múltiples dimensiones de los geómetras no-euclidianos, o el espacio de los místicos y videntes o el Grande Espacio de la antigua Vidya del Oriente. Ninguno de los cuales ha sido considerado, ni puede considerarse, como dimensión. Hacerlo no es un acto de atrevimiento intelectual, sino un desconocimiento del contenido de los conceptos.

3.—Aunque los analistas contemporáneos hayan dado en llamar cuarta dimensión al tiempo, la verdad es que el tiempo no es dimensión en forma alguna. En la imposibilidad de penetrar en la esencia de la cuarta dimensión se ha recurrido a un subterfugio por el cual se añadía a las tres conocidas dimensiones un nuevo elemento extraño a la naturaleza del espacio, pero coexistente con él e imposible de reconocer objetivamente sin el auxilio del movimiento, el cual implica la presencia del espacio. Que un cuerpo exista en el tiempo y no pueda dejar de existir en él no justifica mi decir que el tiempo es una nueva dimensión de ese cuerpo. El peso del mismo es coexistente con él, a la manera del tiempo, y sin embargo nadie se siente justificado a llamar al peso una cuarta o una quinta dimensión, si bien está mucho más cerca de serlo que lo está el tiempo. ¿Existe la cuarta dimensión? Evidente; pero no es el tiempo, a pesar del bello análisis que en favor de esa doctrina ha hecho Ouspensky en su *Tertium Organum*.

4.—«Además--dice el señor Vincenzi—según las distancias que recorre la luz, constituye una curva mayor o menor que, a mi entender, se debe a la influencia que el tiempo ejerce hacia el pasado, que también es un presente absoluto para mi teoría». La expresión «que el tiempo ejerce hacia el pasado» no es del todo clara. ¿Atrae el presente al pasado para convertirlo en presente? ¿Atrae el pasado al presente para convertirse en presente? Como las consecuencias filosóficas no son las mismas en ambos casos, la expresión no es indiferente.

Pero mi observación se dirige a otro punto. Ese «presente absoluto» es el «ahora eterno» o el «eterno presente» de los místicos, una realidad transcendente, pero que no es una mera dimensión de nada. Objetivamente, es algo consustancial con el Cosmos. Sujetivamente, es un estado de conciencia que se corresponde con ese estado del Cosmos.

5.—Ya sea que uno se halle habituado al pensamiento abstracto, ya sea que se mueva dentro de las ideas concretas, cuando uno oye que el espacio y el tiempo son dimensiones, la natural pregunta es: Y bien, ¿dimensiones de qué? Porque tanto euclidianos como no-euclidianos refieren sus tres, sus cuatro, o sus *n* dimensiones al espacio; hay implícito un algo susceptible de tres o más dimensiones. ¿Qué cosa existe cuyas dos dimensiones son el espacio y el tiempo? ¿Cuál es esa entidad que va a constituir el objeto de una nueva Geometría, cuyas dos únicas dimensiones o maneras de existencia son el tiempo y el espacio? No puede ser el Universo, porque éste antes de existir en el tiempo, como efecto, existe como causa en el espacio. Del seno del espacio brotan los Universos; el espacio no brota del Universo. Este supone la pre-existencia de aquél. Consideración que nos lleva de nuevo a Kant, esto es, a la Metafísica, pero de ningún modo a la Geometría, por más abstrusa que la supongamos. Kant analizó esa imposibilidad de comprender el mundo objetivo sin la intervención de los dos conceptos de espacio y de tiempo, que él consideró formas de una *intuición a priori*.

Mas si por un acto de condescendencia aceptamos tal Geometría, fuera de haber cambiado el nombre a un capítulo de la Metafísica, ¿qué hemos adelantado? ¿Conoceremos mejor el espacio? No. Para esto tendríamos que volver a la verdadera Geometría—euclideana y no-euclideana—que ha puesto su empeño en el conocimiento del espacio, no del tiempo. Y no se olvidó Euclides del tiempo, sino que más sabio que todos los geómetras que le sucedieron, comprendía que el tiempo no es una dimensión del espacio. La Geometría de Euclides fué una disciplina preparatoria para la comprensión de las formas en este plano de la manifestación material y en los otros dos planos sucesivos en orden ascendente. Las aplicaciones prácticas de esas verdades geométricas han sido y continuarán siendo fecundas, porque es de la esencia de las formas y las verdades ideales reproducirse indefinidamente en las formas materiales. Tal es una razón del decir platónico: *Dios geometriza*. Todos los cristales del mundo mineral—células del mundo mineral—y todas las células orgánicas—los cristales del mundo orgánico—continuarán plasmándose de acuerdo con los principios implícitos en los cinco sólidos de Platón—los juguetes de Dionysos—cuyo análisis engendra la Geometría euclideana.

De suerte que si yo me arrogase el derecho de aconsejar a la juventud americana, o el don de profecía hiciese fluída la sabiduría en mis labios, yo diría que las nuevas capacidades de la raza que está destinada a crear una nueva civilización en este Continente, apresurarían su aparición si la Geometría—los célebres *Elementos*—de Euclides, constituyese un objeto de sus reflexiones, en tres direcciones distintas, por lo menos. En primer lugar, la tradicional, para educar: el razonamiento justo y preciso; el sentido de la exactitud y la veracidad; la imaginación de las formas concretas; el sentimiento de la elegancia y la perfección de las formas. Para cuyo mejor efecto no deberá aceptarse las habituales negligencias en el trazado de las figuras, desde luego que lo más importante no es la demostración en sí, sino su valor disciplinario y creador. El poco más o menos no existe en la Geometría de Euclides. La segunda dirección de esas reflexiones llamárala yo cósmica, porque debería conducir a la contemplación de los principios geométricos tales como se sustancian a la vez en los espacios siderales y en la infinita variedad de formas que nacen, y se agitan, y pasan, en nuestro planeta. Sería éste un curso de armonía y de estética que levantaría las mentes de esas afortunadas generaciones desde las meras descripciones de los mundos, grandes y mínimos, a la concepción del Mundo de las Ideas. Constituiría sólida y bella introducción a la Filosofía de Platón, que es almácigo de filosofías. (Recuérdese que Euclides alcanzó a ser de los más jóvenes discípulos de Platón, antes de pasar a Alejandría.) Y designara yo la tercera dirección con el nombre de simbólica para abarcar en ese campo de reflexiones el sentido interno de las elementales formas geométricas que se repiten en el mundo material como proyección descendente de las formas ideales del mundo de las causas. Existe la conocida tradición de que Pitágoras celebró digno sacrificio a los dioses luego que hubo descubierto el teorema que se honra con su nombre. ¿Por qué? No por su valor geométrico, con ser tan importante, sino por sus valores cósmico y simbólico. Ese teo-

rema es la Proposición 47 del Libro I de los *Elementos* de Euclides. En su valor cósmico es una expresión de la ley del equilibrio de las fuerzas, de los espacios, de los tiempos. En su valor simbólico lleva imbíbita la ley de Compensación, o ley de acción y de reacción, que la filosofía Vedantina llamó Karma. La contemplación de esta Proposición durante un razonable período de tiempo desenvuelve la intuición y la clarividencia. Y este es uno de sus grandes valores.

6.—«Si nada puede entrar o salir de la nada»—dice el señor Vincenzi—«entonces lo que es, está absolutamente actualizado en el universo, con todas sus dimensiones. Esta verdad es matemática y es religiosa.» Ni matemática ni religiosa. Porque aunque las cosas que cesan de ser como efectos en el mundo material no cesan de ser en el mundo de las ideas, aquí no conservan las dimensiones especiales del mundo objetivo. Este árbol que ahora agita el viento de las praderas de Illinois surgió de un embrión. ¿Cuáles son las dimensiones de las fuerzas vivas que le lanzaron a lo alto? Decir que lo son el espacio y el tiempo nada me explica ni me declara.

7.—Ni es aquella una verdad religiosa. De esos problemas no tratan las religiones, sino las filosofías que de ellas se derivan, en su aspecto místico, que es el sustento científico de toda religión.

8.—Ni Euclides ni sus maestros se olvidaron del tiempo, como afirma el señor Vincenzi. En todos los mundos que se hallen en el período de evolución que el nuestro, las proposiciones euclideanas, por ser coeternas con el mundo a que se aplican, son independientes del tiempo. Se conciben en el tiempo, pero no cambian con su transcurso. Y precisamente son ciertos cambios sutiles observados en el universo los que han conducido a la concepción de otra u otras dimensiones. La imposibilidad de descubrirla mediante los sentidos ordinarios o los aparatos ingeniados para acrecentar su poder y su alcance, hizo posible la inclusión del tiempo en la absurda categoría de las dimensiones. Antes de veinticinco años se enseñará otra cosa.

9.—El señor Vincenzi dice: «El punto es tiempo y es espacio... Si es tiempo, se proyecta en el tiempo. Y si se proyecta, deja de ser un punto redondo... Deja de ser un punto: una línea que se prolonga de un tiempo a otro tiempo, etc.» Veamos: *a)* un punto de tiempo que se proyecta en el tiempo genera un segundo o un siglo, pero no una línea. *b)* Un punto de espacio que se proyecta en el tiempo es siempre un punto que dura un *mimesha* o cien mil años, pero no una línea. *c)* Un punto euclideano que se proyecta en el espacio y en el tiempo produce una línea y marca un período de tiempo. *d)* Un punto extenso y divisible (como lo pide el Sr. Vincenzi) no genera una línea al proyectarse en el espacio, sino un prisma o un cilindro, de acuerdo con la dirección inicial del movimiento de proyección. Una Geometría que parta del punto extenso y divisible carece de líneas y de superficies, desde un punto de vista filosófico.

10.—Por más esfuerzos que hagamos no obtendremos que una línea proyectada en el tiempo se convierta en un plano. Y luego, ¿qué clase de cuerpos o formas construiríamos sobre un plano que tiene una base lineal en el espacio la superficie en el tiempo?

Para todas estas fantasías hay una base real en la Naturaleza compleja del Universo; mas por viciosos prejuicios de la inteligencia no osamos mirar de frente los fenómenos y preferimos, a título de originalidad, recurrir a hipótesis absurdas, como esta de llamar cuarta dimensión al tiempo. Más pronto que los geómetras van llegando a la correcta interpretación de la cuarta dimensión los físicos con su cada vez más penetrante análisis de la materia. Porque la verdadera cuarta dimensión se relaciona con una forma de vibración intraelectrónica cuyo origen se halla en el plano superior inmediato de la Naturaleza, bien conocido de todos los videntes, inclusive los del *delirium tremens*.

11.—El señor Vincenzi no describe los sujetos de estudio del Dr. Osty. ¿A qué raza pertenecen? ¿A qué punto cardinal miran cuando señalan el porvenir a la derecha esos sujetos del señor Osty? ¿Se han examinado sujetos zurdos? Las respuestas determinarían las diferentes soluciones. Pero ninguna de ellas justificaría la hipótesis sugerida por el Sr. Vincenzi. Más, mucho más acertado se halla cuando supone que hay en el hombre *un* sentido latente que le permite la percepción, en el eterno presente, de cosas que pasaron ya o que no han ocurrido aún.

12.—Ninguna Cosmogonía, ni las científicas, ni las otras, han comenzado con la creación del Espacio y del Tiempo: todas nos dan, como sobreentendido que antes de la creación de los universos allí estaba el Padre Espacio, y que antes de la aparición de los tiempos—tan sólo coexistentes con los mundos—allí estaba la infinita Duración. Lo que hay de común en la extensión de un átomo y la extensión de un sistema solar es el Padre Espacio. Lo que hay de común entre el guiñar de un ojo y una edad estelar es esa infinita Duración. No, el Espacio y el Tiempo son algo más que meras dimensiones de un mundo objetivo.

R. BRENES MESÉN

S/c: 3244 Harrison Str.
Evanston
Illinois. U. S. A.

DE RUBEN COTO

Desolación

Antes, tan distinto que parecía todo: ella venía a encontrarle entre diez y once de la mañana, con el almuerzo acabado de preparar y con el niño en los brazos. El niño: ¡el chiquito! Dos años iba a cumplir para San Juan: negrillo, de ojos grandes y negros, grandes pestañas crespas y pelo arrepentido: el vivo retrato de la madre. La lengua comenzaba a desenredársele y quería hablarlo todo.

Ella venía a buscarlo con el almuerzo acabado de hacer y con el crío en el brazo. Venía hasta la orilla del río en donde el padre labraba grandes piedras de granito a punta de cincel, cuando los oía venir, soltaba los fierros, se limpiaba el sudor con la manga de la camisa y salía a recibir al hijo que desde lejos le tendía los bracitos. Almorzaban por allí a la sombra; era una escena casi siempre silenciosa en la que no se oía otra nota de color que el parloteo enrevesado del chiquillo.

—Muy distinto era antes todo a esa hora, cuando estaba vivo el hijo, el chiquito.

Cansancio

Los sábados por la noche, con ser día de pago, hay siempre mucho movimiento en la pulpería del pueblo. Se oyen muchas voces a un tiempo, huele a aguardiente, a humo de tabaco y a legumbres. Hay además música de acordeón y guitarra. Un viejo ciego toca el acordeón, la guitarra, un hombrazo joven, de cara redonda y rosada con una cicatriz honda junto a uno de los pómulos.

Dos hombres conversan en un rincón. Uno de voz doliente y cansada, en el antebrazo se le ven tatuajes, una ancla, dos iniciales y una cruz:

—Me dan ganas como de que viniera una guerra, o algo así...

La música del acordeón, que de nuevo empieza, se aplana sobre las últimas palabras y las ahoga.

RUBÉN COTO

Costa Rica.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica